

Los que vivimos la vocación cristiana desde la opción concreta a la vida religiosa y ministerial, hemos usado con frecuencia en nuestro retiro espiritual el texto del Evangelio de Juan, capítulos 15 y 16. Trata esencialmente sobre la llamada que nos hace Dios y la respuesta del que le escucha. Esta respuesta requiere de una vocación concreta que es analizada por el Concilio Vaticano II. El Concilio nos llevó a asumir nuevos retos y a renovarnos desde la perspectiva eclesiológica expuesta en la *Lumen Gentium* y en *Gaudium et Spes*. Y ya el propio Juan Pablo II en sus constantes llamadas a la vocación religiosa y sacerdotal hace en la exhortación apostólica *Vita consecrata* un elenco de realidades necesarias para la sociedad actual que justifica la existencia de la implantación específica al ministerio y a la vocación a la vida religiosa. Si quieren, el mensaje del Papa podríamos también relacionarlo con la Primera Carta de Juan, <<repetir lo que hemos visto y oído es lo que comunicamos, es decir, amarnos los unos a los otros, pasando de la muerte a la vida>>, un año más renovando nuestra vinculación en la víspera de la Epifanía del Señor.

Retomando el Evangelio según san Juan, en el capítulo 15, v. 16 aparece la frase que puede motivarnos en este día para reflexionar en torno a la Madre Pilar y su paso por Canarias dejando una huella que se prolonga hasta hoy. En dicho pasaje dice el autor bíblico “No son ustedes los que me han elegido a mi, he sido quien les eligió a ustedes”. Desde esta perspectiva cabe Mateo 5, 13; “Sal y luz” como principios orientadores de esta elección que el Señor Jesús nos ha hecho. Es un preciado don y una gran responsabilidad que se adorna con la belleza de nuestra entrega y se prolonga en los años consagrados de nuestra vida.

Aparecen aquí dos señales inequívocas del nuevo discipulado. En la costumbre judía es el discípulo quien elige al maestro, y en Jesús se invierte la práctica. En segundo lugar esta elección comporta una nueva forma de desarrollar nuestra personalidad en una nueva clave de libertad. Todos hemos experimentado nuestra particular renuncia en clave liberadora, con la voluntad de perdernos las cosas que ofrece cada época, siglo y buscando la voluntad del que nos convoca a vivir desde y para Él, dando un nuevo rumbo a la vida. Así las órdenes mendicantes tenían la habilidad de llevar a lo más íntimo de la Iglesia, esto es los pobres, los sencillos, los desposeídos y despreciados, la predicación del Maestro de Nazareth, que nos llama a servirle a Él en ellos. Con el anuncio de la inminencia del Reino de Dios y su justicia se alentó a la sociedad para el progreso, pues había que estar preparados. Florecerán las ramas de dicho Reino hasta bien entrado el siglo XX, renovando en cada circunstancia el carisma de santo Domingo de Guzmán entre otros.

Será con la caída del Antiguo Régimen y con la llegada del incierto siglo XX, el peor de los siglos según los historiadores, cuando surjan pequeñas pero audaces respuestas a la concreción de la voluntad del Maestro. Aquí en Canarias, como un regalo en medio del páramo desolador social, obsequio del mismo cielo, que se personificó en Fray José Cueto y Díez de la Maza, quien revitalizaría la sociedad de finales del XIX, contando

con la ayuda de mujeres como Madre Pilar y compañeras. Con todos sus riesgos y consecuencias se embarcaron en una obra compleja pero necesaria, que sin duda no es cuantificable por la riqueza por lo humano y si en lo cristiano. Es aquí donde se vuelve a verificar el texto juanneo de hoy *Dios es luz en Él no hay tiniebla*.

Las razones de la Madre Pilar para dar el solemne paso son bien conocidas por todos, destacar su decidida voluntad por dar respuesta a la llamada que hace el Señor y que necesita de nuestra concreción en la Historia. Sin su audaz y tenaz proyección por una causa, no se podía estabilizar la realización de un proyecto para una realidad concreta en un momento complejo y difícil para los empobrecidos y a los que se les negaba el derecho a ser.

En el momento histórico en que se suceden los hechos, la Iglesia vive su propio calvario. La Historia de España y de Canarias nos muestra un panorama lleno de aventureros de la fe que se internaban en proyectos ambiciosos dando respuesta a lo que la sociedad demandaba y los políticos y las instituciones negaban con su actitud. Lo que negaba el ser humano con su implacable egoísmo, Dios lo regala en personas entregadas, fieles a la llamada y convencidas hasta entregar la vida por una causa. Nuestras islas, en medio de las confrontaciones políticas, no fueron ajenas a esta clase de relaciones entre el clero y las instituciones, generando conflictos en el lugar de satisfacer las demandas de los más necesitados. En este negar la evidencia, la Iglesia ofrece lo mejor de sí misma, y da como fruto la abnegada y fraterna entrega de siervos del Evangelio.

Madre Pilar, emprendedora y solícita, a la vez que enérgica, posibilitó la continuidad en la Congregación de las Dominicanas de la Sagrada Familia, aunque a mí me gusta reconocerlas como las *Dominicas Canarias*, por ser aquí donde floreció la pequeña semilla hoy implantada en América y África. Digo que posibilitó anunciar el Reino de Dios y su justicia en lo que nadie quiso remediar y puso entre nosotros, donde las vocaciones son pocas, dando de lo poco que tenemos en el arca de las ofrendas del Templo, tal como narra el Evangelio con la viuda pobre. Dando lo mejor, concretándolo con su propia vida desde temprana edad.

Es en la segunda mitad del siglo XX cuando el Concilio comienza a dar signos nuevos, después de un largo trayecto de cambios, se abren las puertas a las nuevas experiencias, y se recoge lo mejor de la Iglesia. Entre otras iniciativas la promoción a la mujer y su igualdad es proclamada como don de Dios. Juan Pablo II tras el Concilio, en *Mulieris Dignitatis*, da un paso en firme y profundiza en el valor supremo de la persona humana, en su condición de hombre o mujer como criatura de Dios en igualdad. Cuando es proclamada esta Carta Apostólica ya llevaba años de trabajo en conseguir una igualdad de derechos que la propia sociedad negaba. Es en este campo donde podemos ubicar la novedad de la Madre Pilar con la creación de los colegios y la fundación de la Congregación, que tenía una mirada y una perspectiva en la mujer marginada. Es analizando los planes de estudio del momento, como nos damos cuenta que se trata dar rentabilidad a unas habilidades artesanales y también a una particular educación que posibilitase la incorporación de la mujer en la trama social, de forma que la preparación fuera una de las notas predominantes. Sin duda una aventura hecha realidad para un terreno siempre tan mal mirado y poco valorado como lo fue el de la mujer. Basta con leer algunas de las páginas de aquellos inicios para darnos cuenta que de fondo había un reto que es difícil de cuantificar.

Por todos es conocido como el carisma dominicano tiene profundas raíces en nuestra tierra. Desde los inicios de la conquista las fundaciones de frailes y monjas de la Orden de los Predicadores estuvieron presentes. Este arraigo quiso ser eliminado con la desamortización decimonónica. No consiguieron más que arrebatarse a la Iglesia edificios y tierras, pero no lograron eliminar el caminar de santo Domingo por nuestra tierra. Puede parecer con esto que *la vida es un sueño*, tal como diría el escritor español del siglo de Oro, Pedro Calderón de la Barca, o aún peor, hacernos creer que la fe es una compleja elucubración o sentimiento trasnochado que diría don Miguel Unamuno, pero cuando la obra es Dios quien la construye, ésta permanece, pese a los tiempos y sus decadencias. Esta obra la inició nuestro Señor y estamos en ella, su imagen es la imagen de Padre Cueto y Madre Pilar quienes llenos de limitaciones se dieron a una empresa que trasciende el tiempo y la capacidad humana. Decía al principio que han sido llamados y elegidos y con su sí quiero, continua la obra del Redentor. Nosotros a imitación de tantos de la Iglesia damos también nuestro sí al paso de Jesús por nuestra Historia.

Y en esta tesitura en la que nuestra Iglesia Canaria celebra la sorprendente aventura iniciada por esta mujer de su época, y al igual que ustedes con sus identidades particulares, responden a una nueva llamada, la llamada de siempre, la que el Maestro nos dirige, 100 años de vida marcados por un proyecto convincente para servir desde el camino de Santo Domingo contemplando y dando lo contemplado.

¡Qué Dios nos siga bendiciendo con esta obra y felicidades en día tan señalado para sus vidas!

Elías Francisco Zaít León.